

# Xosé M. Núñez Seixas

## Volver a Stalingrado

El frente del este en la memoria europea, 1945-2021



Galaxia Gutenberg

---

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

# Volver a Stalingrado

El frente del este en la memoria  
europea, 1945-2021

V Premio de Ensayo Memorial  
Walter Benjamin, 2021

Galaxia Gutenberg

**QWB**  
Càtedra Walter Benjamin,  
Memòria i Exili

Universitat  
de Girona

**MUM/E**  
Museu Memorial  
de l'Exili

Edició al cuidado de María Cifuentes

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2022

© Xosé M. Núñez Seixas, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 11665-2022  
ISBN: 978-84-19075-47-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## Índice

Abreviaturas y términos utilizados . . . . .	9
Introducción: el frente del este, entre el mito y la barbarie. . . . .	13
1. Alemania: de víctimas, perpetradores y compañeros de viaje . . . . .	31
Naciones de víctimas y soldados honorables. . . . .	36
El síndrome de Stalingrado. . . . .	64
Una nueva memoria y el discutido papel de la <i>Wehrmacht</i> . . . . .	91
Los nazis, siempre los otros . . . . .	101
Los «rusos»: ¿liberadores, víctimas o violadores? . . . . .	110
2. La URSS y Rusia: la larga sombra de la Gran Guerra Patriótica . . . . .	133
Recuerdo y olvido de la guerra: Stalin, el supremo vencedor . . . . .	138
El limitado deshielo de la memoria bajo Jrushchov. . . . .	152
La era Brézhnev: el imperio de la memoria . . . . .	164
¿Cuestionar la ortodoxia? De Gorbachov a Yeltsin. . . . .	185
La era Putin y el retorno de la Gran Guerra Patriótica . . . . .	192
La Gran Guerra Patriótica en las pantallas: entre tradición y entretenimiento . . . . .	200
Memorias desde abajo: dar nombre a los muertos . . . . .	213
La memoria como arma exterior y la sombra de Stalin . . . . .	221
3. La Europa oriental postsoviética: ocupantes, ocupados y patriotas . . . . .	231
Negación y resignificación de la Gran Guerra Patriótica . . . . .	236
Patriotas en uniformes ajenos. . . . .	246
Ucrania: las guerras de la memoria antes de la guerra . . . . .	246

Las repúblicas bálticas: invasores y patriotas, ayer y hoy . . .	266
Resistentes, comunistas... ¿y judíos? . . . . .	276
4. Finlandia: dos guerras y una memoria . . . . .	287
5. Cruzados por Europa... y los simpáticos mediterráneos . . . . .	301
La memoria del frente del este en Italia y España . . . . .	307
«No sabemos odiar»: veteranos y relatos . . . . .	308
La retirada victoriosa . . . . .	321
Imágenes de Rusia y la reconciliación final . . . . .	331
6. Algunas conclusiones: lugares de memoria y desmemoria . . . . .	343
Referencias bibliográficas . . . . .	355
Índice onomástico. . . . .	393

---

## Abreviaturas y términos utilizados

- AfD** *Alternative für Deutschland* (Alternativa por Alemania)
- AK** *Armia Krajowa* (Ejército polaco del interior)
- Bundeswehr**: Defensa Federal (Fuerzas Armadas de la República Federal Alemana)
- ANA** *Associazione Nazionale Alpini* (Asociación Nacional Alpina)
- ARMIR** *Armata Italiana in Russia* (Ejército Italiano en Rusia)
- CDU** *Christlich-Demokratische Union* (Unión Demócrata Cristiana, RFA)
- CSIR** *Corpo di Spedizione Italiano in Russia* (Cuerpo Expedicionario Italiano en Rusia)
- CSU** *Christlich-Soziale Union* (Unión Social Cristiana, Baviera)
- Einsatzgruppe**: Literalmente, «grupo de despliegue» o «de intervención», unidad móvil de exterminio
- FDP** *Freie Demokratische Partei* (Partido Liberal, Alemania)
- FPÖ** *Freiheitliche Partei Österreichs* (Partido de la Libertad de Austria)
- Frontovik**: Soldado de infantería soviético (con experiencia de combate)
- Gestapo** *Geheime Staatspolizei* (Policía secreta del Estado del Tercer Reich)
- GULag** *Glávnoye Upravleniye Ispravitel'no-trudovíj Lagueréi* (Dirección General de Campos de Trabajo de la URSS, que por extensión pasó a designar a los campos de trabajo que de ella dependían)
- HDA** Hermandades de la División Azul
- Heer**: Ejército de Tierra alemán

- HIH** *Hamburger Institut für Sozialforschung* (Instituto de Historia Social, Hamburgo)
- KGB** *Komitet gosudárstvennoy bezopásnosti* (Comité para la Seguridad del Estado)
- KPD** *Kommunistische Partei Deutschlands* (Partido Comunista de Alemania)
- Landser**: Soldado de infantería alemán
- Luftwaffe**: Arma aérea alemana
- NKVD** *Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del* (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, URSS)
- NSDAP** *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán)
- NVA** *Nationale Volksarmee* (Ejército Nacional Popular, Fuerzas Armadas de la RDA)
- OKW** *Oberkommando der Wehrmacht* (Alto Mando de las Fuerzas Armadas del Tercer Reich)
- Ostheer**: Ejército alemán del este
- OUN** *Orhanizatsiya Ukrayins'kykh Natsionalistiv* (Organización de Nacionalistas Ucranianos)
- PCUS** Partido Comunista de la Unión Soviética (*Kommunistíchieskaya pártiya Soviétского Soyuzá*)
- RDA** República Democrática Alemana (*Deutsche Demokratische Republik*)
- RFA** República Federal Alemana (*Bundesrepublik Deutschland*)
- RSHA** *Reichssicherheitshauptamt* (Oficina Central de Seguridad del Reich)
- SD** *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad del Tercer Reich)
- SED** *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (Partido Socialista Unificado de Alemania)
- SS** *Schutzstaffel* (Secciones de protección del partido nazi)
- UNIRR** *Unione Nazionale Italiana Reduci di Russia* (Unión Nacional Italiana Veteranos de Rusia)
- UPA** *Ukrajínska Povstánska Armíya* (Ejército Insurgente Ucraniano)
- URSS** Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
- Waffen SS**: Secciones armadas de las SS
- Wehrmacht**: Fuerzas armadas del Tercer Reich

Los términos se explican en su mayoría a medida que aparecen en el texto, salvo aquellas palabras y expresiones de conocimiento general (como *Führer* o Tercer Reich). Todas las citas textuales procedentes de otros idiomas han sido traducidas directamente por el autor.

---

## Introducción: el frente del este, entre el mito y la barbarie

Esa guerra proyecta una larga sombra, y bajo esa sombra seguimos hasta hoy.

FRANK-WALTER STEINMEIER, presidente de la RFA,  
Berlín-Karlshorst, 18 de junio de 2021

La guerra germano-soviética (22 de junio de 1941-8/9 de mayo de 1945), llamada campaña de Rusia, guerra de Rusia, Gran Guerra Patriótica o frente del este en sentido amplio, constituyó una inmensa carnicería y un escenario específico dentro de la gran conflagración mundial de 1939-1945. Una auténtica guerra dentro de la guerra, por su crueldad, dimensiones y consecuencias específicas.

Era, de entrada, un elemento fundamental y decisivo en el tablero global de la contienda: del avance de las tropas alemanas hacia el corazón de la Unión Soviética podía depender el dominio de Eurasia por el Tercer Reich de Adolf Hitler, lo que garantizaría un nuevo reparto de África y la delimitación de esferas de influencia en Asia con el Imperio japonés, aliado del Tercer Reich. Aunque las consecuencias del desenlace del conflicto se circunscribieron de modo principal a Europa, también se dejaron sentir en Asia, pues la victoria soviética y su intervención armada en agosto de 1945 contra las tropas niponas en Manchuria contribuyó de manera decisiva a la derrota final de Japón. Con eso, generó condiciones muy favorables para la victoria comunista en la guerra civil china cuatro años más tarde, lo que condicionaría sobremanera el equilibrio geopolítico en el Extremo Oriente, y en todo el mundo, hasta hoy.

Fue, además, la mayor guerra terrestre de la historia. En el transcurso de la contienda germano-soviética contendieron en los frentes de combate y la retaguardia entre cuarenta y 45 millones de personas, en su mayoría hombres, pero también mujeres, sometidas a condiciones climáticas y ambientales de una dureza implacable. Era casi la mitad del total de movilizados en todo el mundo para el combate (92 millones). Aún mayor fue el número total de civiles comprometidos con el esfuerzo de guerra en los países beligerantes. Supuso asimismo un ensayo de reordenación geopolítica a gran escala del continente europeo, y aun de buena parte del mundo, a cargo de un poder totalitario, el Tercer Reich, animado de una vocación mesiánica por alterar el destino de millones de personas en función de su origen étnico, sus características biológicas y sus rasgos culturales. A reestructurar el mapa de Europa, o cuando menos de amplias partes del continente, aspiraba igualmente su contendiente, la dictadura totalitaria instaurada por Iósif Stalin desde mediados de los años veinte dentro del Estado comunista creado a su vez por la Revolución de Octubre de 1917. Su fin era crear las condiciones para la hegemonía del llamado *socialismo real* en una lectura despótica y personalista de ese modelo.

Utopías modernas y premodernas fueron de la mano de ambiciosos planes económicos y geopolíticos, y de estrategias militares que determinaron la suerte de millones de personas, combatientes y civiles.

El proyecto imperial y racial del Tercer Reich, y su confrontación con otro diseño totalitario que aspiraba a una gigantesca ingeniería social, la construcción de una sociedad sin clases bajo la égida de un líder indiscutible, tuvieron en común el desprecio por la vida humana. En primer lugar, las de sus enemigos, pero a menudo también las de sus propios conciudadanos. Ambos regímenes políticos enfrentados sacrificaban al individuo, el ser humano y sus derechos, a la primacía del colectivo, la comunidad racial/nacional o de clase.<sup>1</sup>

Los criterios y las lógicas de la ejecución de las políticas totalitarias fueron, sin embargo, distintas en cada uno de los casos. No

1. Pohl (2020).

es esta la tribuna para abordar una comparación sistemática entre el nazismo y el estalinismo. Si nos ceñimos a lo que fue la conducta de ambos regímenes en la contienda que los enfrentó a muerte, existe de entrada una clara diferencia entre ellos. La contienda germano-soviética fue sin duda la mayor guerra de exterminio de la historia, concebida con el fin de aniquilar al enemigo y esclavizar lo que quedase de él. El Tercer Reich aspiró a aniquilar grupos enteros de población definidos en términos biológicos y raciales, más allá de los criterios ideológicos, culturales y estratégicos. Llevó así a una dimensión desconocida hasta entonces los precedentes de genocidio o masacres a gran escala, como las campañas coloniales en Namibia del Imperio alemán en 1904, las matanzas de población armenia a manos otomanas en 1915-1916, las masacres de prisioneros y población civil en las guerras coloniales del fascismo italiano en Libia y Etiopía, y los ensayos genocidas previos que habían sido llevados a cabo por el Tercer Reich en la campaña contra Polonia de 1939. Sólo las masivas matanzas contra civiles y prisioneros de guerra perpetradas por el Imperio japonés en su guerra sin cuartel contra China parecían equipararse en dimensiones, crueldad y objetivos delirantes, aunque no obedecían a la misma lógica final.

La dictadura de Stalin se caracterizó por la brutalidad y el carácter despiadado de su sistema de dominación, así como por la frecuente arbitrariedad de sus decisiones y lógicas internas. El régimen definía a sus enemigos con criterios políticos y sociales, y en algunas ocasiones también en términos etnoculturales, cuando imputaba a un pueblo o una categoría étnica en su conjunto la etiqueta de traidor o de contrarrevolucionario. Pero aun en este caso, como afirma Tzvetan Todorov, el estalinismo rara vez aspiró al exterminio físico de un segmento global de la población, como un objetivo en sí mismo y para sí mismo. El asesinato masivo, para el régimen de Stalin, fue un medio aplicado sin ninguna compasión; a menudo, los medios se confundieron y se mimetizaron con los fines. Y hubo en verdad algunos grupos específicos, como las minorías polacas de Bielorrusia, que fueron objeto de una persecución sistemática y una deportación masiva. Empero, no fue una lógica general. Para el régimen nazi, por el contrario, la *Ausrottung*, el exterminio masivo y

sistemático de colectivos definidos a partir de categorías supuestamente objetivas y biológicas, estipuladas por leyes específicas –las leyes raciales de Núremberg, 1935– constituyó a medio y largo plazo un objetivo intrínseco de su ideología. Las diferentes dinámicas en las políticas de ocupación de soviéticos y nazis a lo largo de las diversas fases del conflicto ilustrarían esa diferencia.<sup>1</sup>

La contienda germano-soviética fue también una confrontación de naturaleza imperial, que buscaba la explotación sistemática de territorios enteros. El Tercer Reich aplicó en los espacios conquistados de Europa oriental un sistema de dominio –improvisado en distintas fases– basado en la exclusión, la esclavización y la sumisión de millones de personas, que en un futuro habrían de trabajar como *ilotas* para una raza dominante. Por su parte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) puso en práctica en los territorios bajo su órbita tras 1945 un modelo imperial de dominación indirecta, pero efectiva, envuelto en una retórica internacionalista y solidaria. Las purgas, internamientos y deportaciones acompañaron a la primera fase de esa ocupación. Sin embargo, no se condenó al hambre y al exterminio a sectores de población en su integridad, empezando por los alemanes en el territorio ocupado por el Ejército Rojo.

Ambas dictaduras totalitarias, el Tercer Reich de Hitler y la URSS de Stalin, dispusieron para sus fines del dominio sobre millones de seres humanos, decidieron sobre la suerte de combatientes y civiles, y crearon marcos restrictivos para el ejercicio de la acción colectiva. Las utopías modernas y premodernas fueron de la mano de estrategias económicas y militares, de planes de exterminio y de proyectos de repoblación y colonización de grandes espacios. La barbarie que supuso la *Shoah* u Holocausto, el asesinato masivo de millones de judíos, además de otros colectivos como los romaníes y sinti, fue ejecutada desde la llamada *decisión final* de enero de 1942 con métodos planificados de modo minucioso y sistemático, en nombre de una modernidad al servicio de una utopía reaccionaria, después de una primera fase (el *Holocausto de las balas*) aplicada por los grupos de despliegue o *Einsatzgruppen*

1. Cf. Todorov (2002: 106-108) y Snyder (2011).

en el territorio ocupado por los nazis mediante fusilamientos masivos. La guerra de conquista y aniquilación dictada por los sueños de expansión imperial del nacionalsocialismo alemán fue capaz de movilizar millones de voluntades hasta el final, y de moldear las mentalidades tanto de los soldados enviados al frente como de los civiles comprometidos, en nombre de la guerra total. Una guerra que primero había que ganar para conquistar un imperio, y después para evitar un final apocalíptico de la nación germana.

El conflicto germano-soviético fue, en efecto, una *guerra total* desde sus inicios, meses antes de que el término fuese lanzado por el jerarca nazi Joseph Goebbels en febrero de 1943. En ella, la vida en el frente doméstico se supeditaba a las necesidades bélicas, las hostilidades se extendían a la retaguardia próxima y lejana, y la muerte campaba en forma de brigadas móviles de exterminio de judíos y comisarios políticos, de secciones especiales de la policía política soviética, de partidas guerrilleras y de tropas de protección o milicias auxiliares para las áreas alejadas del frente. A ese panorama de muerte y destrucción se añadían amplios sectores de población civil recluidos en guetos o campos de trabajo forzado y condenados a una lenta muerte por inanición, y millones de personas transportadas en vagones, hacinadas como el ganado, camino del asesinato inmediato o a medio plazo, o bien de la deportación y el abandono a su suerte en parajes desérticos. Lo que discurría en las retaguardias próximas y lejanas, sobre todo en la ocupada por los invasores nazis, presentaba tonos mucho más apocalípticos, pero también más grises y siniestros, que los combates que se desarrollaban en los frentes.

Si hay algo que atrae y hasta fascina desde hace décadas a la historiografía sobre la guerra germano-soviética, campo en el que la producción bibliográfica en muy diversos idiomas –sobre todo en alemán, ruso e inglés– es casi inabarcable, no sólo es su brutalidad y sus dimensiones, casi apocalípticas. Tampoco es únicamente su gran impacto en la conciencia europea de la segunda mitad del siglo xx; y ni siquiera lo es el hecho de constituir el campo de enfrentamiento por antonomasia de las dos dictaduras totalitarias más sangrientas de la primera mitad del novecientos. Si algo

muestra la experiencia del frente del este es su carácter de caleidoscopio global, pleno de enseñanzas acerca de la naturaleza humana y su comportamiento en circunstancias excepcionales, de la fuerza casi mesiánica de las convicciones y el fanatismo y su confrontación con la lucha por la mera supervivencia de colectivos enteros. Y esa encrucijada constituye igualmente uno de los mejores ejemplos de cómo la guerra supone una experiencia integral capaz de afectar a una sociedad por entero, en cuyo seno la movilización bélica puede generar lealtades inquebrantables basadas en el sufrimiento compartido; pero una contienda que también crea memorias duraderas e intergeneracionales, que actúan tanto de mecanismo de cohesión comunitaria como, a veces al mismo tiempo, de división y rencor.

¿Cómo fue recordada en público y en privado la guerra germano-soviética en la Europa posterior a 1945? ¿Cuál fue la dimensión transnacional de esa memoria? ¿Se registró, más bien, una superposición o yuxtaposición de culturas del recuerdo de ámbito nacional-estatal, o bien de naturaleza ideológico-política y de naturaleza transnacional? Es una cuestión hasta ahora no abordada por la historiografía internacional. Existen varias aproximaciones parciales, referidas a algunos países o a aspectos y lugares concretos, como la batalla de Stalingrado,<sup>1</sup> así como un número apreciable de estudios de caso, referidos a prácticas conmemorativas, culturas históricas o políticas de la memoria de ámbito nacional y estatal, desde Alemania hasta la Rusia actual.<sup>2</sup> Sin embargo, hasta la fecha no disponíamos de una investigación panorámica que analice todas esas memorias colectivas de forma comparativa e integrada. Este ensayo aspira, en la medida de sus posibilidades, a colmar esa laguna y a responder a los interrogantes planteados.

1. Para la literatura memorialística de los excombatientes, cf. para el caso alemán, austríaco e italiano un abordaje conjunto en Corni (2012). Tentativas de comparación de los países agresores de la URSS y de categorías como la construcción del héroe, en Núñez Seixas (2015, 2020). Sobre Stalingrado, el lugar de memoria más tratado, cf. las recopilaciones de Jahn (2003) y Wette y Ueberschär (2004), así como Pieken, Rogg y Wehner (2012).

2. Cf., por ejemplo, Arnold (1998) y Morina (2011).

Cabría responder a las preguntas formuladas más arriba, de entrada, con una hipótesis. No existe un patrón europeo del recuerdo del frente del este, aunque esté implícito en la política de la memoria del Holocausto o del totalitarismo del siglo xx. Impera, por el contrario, una amplia diversidad de narrativas nacionales y/o estatales, con sólo algunos puntos en común, aunque varias de sus imágenes más representativas, y de sus lugares del recuerdo, sean compartidas, y objeto a su vez de muy distintas interpretaciones, valencias actuales y lenguajes rituales y/o conmemorativos. En este sentido, y frente a la rigidez conceptual que a menudo caracteriza la definición del concepto *–lieux de mémoire–* por parte de su forjador, el historiador francés Pierre Nora,<sup>1</sup> el frente del este constituye un buen ejemplo de un lugar de memoria potencialmente transnacional, caracterizado a su vez por la gran fluidez y variabilidad de los significados a él otorgados por los distintos actores involucrados en su gestación y en su gestión.

Una guerra, como en cierto sentido una frontera o una batalla, constituye así un buen laboratorio para examinar, a manera de caleidoscopio, las perspectivas cruzadas que sobre ella confluyen desde distintos lugares, diferentes grupos humanos, y desde épocas diversas. Más aún cuando se trata de una contienda de carácter casi paneuropeo, en la que participaron desde voluntarios portugueses enrolados en la División Azul hasta combatientes kirguises o tayikos de Asia central, pasando por croatas, finlandeses o franceses. Y también lo es para examinar hasta qué punto los lugares de memoria, como objetos maleables, tanto físicos como inmateriales, dependen para su continuidad de las prácticas sociales y los ritos y narrativas que a ellos se asocian, eso es, de su interacción con un espacio social. Como alternativa al concepto de lugar de memoria se ha propuesto desde las ciencias sociales el término más dinámico de *espacio memorial*, que se definiría por la interacción de los objetos físicos o los paisajes con los actores sociales y las instituciones a través de ritos y discursos, conmemoraciones y ceremonias que confieren sentido en el presente a estatuas, cenotafios o tumbas, y

1. Cf. Pierre Nora, «Présentation» y «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en Nora (1984: 15-21, 23-43).

que a su vez traducen luchas por la legitimación del poder.<sup>1</sup> En esos espacios del recuerdo se condensa y proyecta una narrativa pública acerca del pasado colectivo, difundida desde el Estado y las instituciones. Una memoria cultural que no se impone por sí sola, sino que convive e interacciona de manera constante con una memoria comunicativa, transmitida por la sociedad civil, tanto en el ámbito semipúblico como, sobre todo, en el privado y familiar.<sup>2</sup>

La contienda germano-soviética fue una de las varias confrontaciones armadas a gran escala que se incluyen dentro de la amplia categoría de la Segunda Guerra Mundial, que comprendió varios escenarios en Europa, África, Asia y Oceanía, pero cuyas consecuencias también alcanzaron a las Américas. Para varias sociedades, y en primer lugar para la sociedad soviética, después rusa, ucraniana o bielorrusa, la llamada Gran Guerra Patriótica fue en la práctica el único escenario bélico conocido, y es por tanto equiparable a la guerra mundial en su conjunto. Sin embargo, las dimensiones del conflicto germano-soviético, la brutalidad que reinó en la línea de combate y en la retaguardia, su duración y continuidad (más de cuatro años), así como los enormes costes humanos y la escala de sus destrucciones, sólo superadas por los bombardeos masivos de ciudades alemanas y los efectos de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945), han convertido esa contienda, en la práctica, en un marco autónomo para los principales contendientes. Para Rusia, Ucrania o Bielorrusia, la guerra mundial equivale a la resistencia frente a la invasión alemana. Por el contrario, los combates, más breves y localizados, aunque intensos, contra Japón ocupan un lugar muy secundario en la memoria colectiva. Lo mismo ocurre en Japón, para el que el recuerdo de la guerra se asocia sobre todo a los escenarios de combate de China, Indochina y el Pacífico.

Igualmente, evocar el frente oriental, *Ostfront*, en la Alemania o la Austria de posguerra no supone solamente aludir a un escena-

1. Según la terminología de Aleida Assmann (1999). Para el significado performativo de los rituales en el presente, cf. el clásico análisis de Kertzer (1988).

2. Cf. la definición clásica de Jan Assmann (1992).

rio más de la conflagración mundial. Es sin duda el *frente* por antonomasia, el espacio en el que cayeron casi un 60% de los combatientes germánicos que murieron en combate entre 1939 y 1945, y donde se ubicaban los principales teatros de operaciones bélicas, sólo oscurecidos desde el verano de 1944 por los enfrentamientos subsiguientes al desembarco de Normandía y, en algunos momentos, por los cruentos combates en Italia y en los Balcanes. Y es también el frente en el que la dureza de la lucha se asociaba a imaginarios casi apocalípticos de muerte y destrucción, en parajes naturales agrestes y condiciones extremas. Evocar el *Ostfront* supone imaginar un inmenso y siniestro teatro bélico, en el que millones de alemanes y austríacos consumieron los mejores años de su vida en circunstancias trágicas, y que para sus descendientes constituye a menudo un misterio insondable, que el abuelo o el padre nunca quisieron desvelar en detalle. Un trauma colectivo, el de una guerra lejana que inicialmente fue provocada y desencadenada por los propios alemanes, pero que acabó por traer la destrucción y la muerte al propio territorio nacional, con tintes apocalípticos.

El escenario del frente oriental también se asocia en la cultura popular europea y norteamericana de posguerra a una serie de clichés y lugares mil veces reproducidos, sobre todo, a través de las imágenes transmitidas por la literatura, el cine, el cómic y los videojuegos: desde los grandiosos monumentos conmemorativos de la batalla de Stalingrado en la colina Mamái al memorial soviético del parque berlinés de Treptow. Otras veces, el frente del este evoca imágenes trágicas, pero de gran intensidad plástica y de una estética sugerente: las batallas cuerpo a cuerpo y casa por casa en Stalingrado, Sebastopol o Brest; las largas columnas de carros de combate enfrentadas en Kursk; las trincheras, los bombardeos y el hambre desoladora del sitio de Leningrado; las procesiones de soldados con siluetas fantasmales envueltos en ropas de abrigo, azotados por una ventisca helada, que caminan exhaustos y se abren paso en la nieve; o bien las largas colas de prisioneros, con harapos y vendas, marchando hacia un incierto cautiverio, en el este o en el oeste. Y, en fin, las imágenes épicas y terribles a un tiempo de la última gran batalla, el asalto soviético a Berlín entre abril y mayo de 1945.

A esos iconos, con todo, se contraponía lo que ocurría en la inmensa retaguardia del frente oriental: las masivas matanzas de judíos perpetradas por las escuadras móviles de exterminio o *Einsatzgruppen* en Polonia oriental o Bielorrusia, los ahorcamientos de partisanos y las represalias masivas contra indefensos civiles a cargo de los ocupantes germanos, las matanzas de campesinos ucranianos y polacos en la región de Volinia, las ejecuciones de hombres, mujeres y niños en la retaguardia soviética, los cadáveres de los acusados de cobardía o desertión colgados de los árboles de las avenidas de acceso a Berlín, las violaciones masivas de mujeres alemanas en 1944-1945... Y, en fin, los campos de concentración y exterminio situados en Polonia oriental, de Treblinka, Majdanek y Belzec a Sobibor y Auschwitz-Birkenau.

Todas esas imágenes, revitalizadas de forma periódica por grandes éxitos literarios o cinematográficos que abordan distintas facetas de la guerra germano-soviética, y presentadas a menudo como un telón de fondo del Holocausto de los judíos europeos, evocan significados muy distintos en cada uno de los antiguos países contendientes. Algunos hitos de amplia repercusión transnacional pueden ser el largo documental sobre el Holocausto *Shoah* (Claude Lanzmann, 1985); los capítulos correspondientes a la guerra en el este de la célebre serie de la BBC *El mundo en guerra* (*The World at War*, David Elstein, 1973-1974); o bien la oscarizada producción *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993). Pero también varios filmes bélicos de factura clásica, como *La Cruz de Hierro* (*Cross of Iron*, Sam Peckinpah, 1977); la producción alemana *Stalingrado* (Joseph Vilsmaier, 1993); la coproducción entre Estados Unidos y varios países europeos que versa igualmente sobre la batalla a orillas del Volga, *Enemigo a las puertas* (Jean-Jacques Annaud, 2001), y la recreación de los últimos días de Hitler en el búnker de la Cancillería de Berlín por Oliver Hirschbiegel (*El hundimiento*, 2004), último acto por excelencia de la contienda desencadenada cuatro años antes por la Operación Barbarroja. Algunos grandes éxitos literarios internacionales, como la documentada novela de Jonathan Littell *Las benévolas* (*Les bienveillantes*, 2006), centrada en la vida de un ficticio oficial de las SS, Maximilian Aue, participante en matanzas de judíos durante la campaña del este, contribu-

veron igualmente a reavivar el interés de la esfera pública por lo ocurrido en el frente oriental entre 1941 y 1945.

Existe por tanto una gran diversidad de memorias y de prácticas conmemorativas de naturaleza pública y privada, así como de políticas del recuerdo de marchamo estatal-nacional, que dialogan poco entre sí. Eso se traduce asimismo en el muy limitado intercambio de sus historiografías acerca de la propia participación de sus connacionales en el frente del este, y que apenas son capaces de consensuar un mínimo común denominador. Como se ha puesto en evidencia en los diversos congresos germano-rusos de historia sobre la Segunda Guerra Mundial, las narrativas acostumbra a discurrir de forma paralela.<sup>1</sup>

Un buen ejemplo de la persistencia de esos compartimentos historiográficos estancos entre sí, pero también de la dificultad para coexistir en un mismo espacio de las distintas políticas de la memoria acerca del frente del este, es el que ofrece el Museo Germano-Ruso de Karlshorst –hoy en realidad un consorcio germano-ruso-ucraniano-bielorruso–, en el barrio berlinés del mismo nombre, dedicado a la guerra germano-soviética. El museo se ubica en el mismo edificio en el que se celebró la ceremonia de capitulación el 9 de mayo de 1945, un antiguo casino de oficiales de la Escuela de Pioneros de la *Wehrmacht* y después sede de la Administración Militar Soviética en Alemania; su inauguración data de 1967, en tiempos de la República Democrática Alemana, como Museo de la Capitulación.

Tras la reunificación alemana se decidió la resignificación de la exposición, manteniendo la simbólica sede, y en 1995 se inauguró el nuevo museo, en un contexto en el que crecía el interés en Alemania por las dimensiones menos conocidas de la guerra germano-soviética, y en la Federación Rusa se cuestionaban muchos aspectos de la narrativa heredada acerca de la Gran Guerra Patriótica. Con todo, y a pesar de los esfuerzos por coordinar las miradas hacia el pasado, fue casi inevitable que en su exposición permanente se superpusiesen un discurso crítico por parte alemana acerca del

1. Cf. por ejemplo Gorzka y Stang (1999), Quinkert (2002) y Wirsching et al. (2015).

conflicto y de la propia participación en él, y una narrativa mayormente acrítica, la rusa, además de las menos presentes aportaciones ucraniana y bielorrusa. Esa dualidad persiste hoy, a pesar de los varios esfuerzos por conjugar ambas perspectivas y llegar a una visión de consenso en las diversas exposiciones que el museo ha organizado desde 1991; y en particular a partir de la remodelación integral de la muestra permanente que llevó a cabo una comisión mixta de conservadores e historiadores en 2013.<sup>1</sup>

Dentro de la diversidad de miradas nacionales y sectoriales existentes sobre la guerra germano-soviética y su legado, optamos en este ensayo por individualizar cinco paradigmas o patrones de la política de la memoria –entre, quizá, otros también existentes–, que se pueden identificar *grosso modo* con países o grupos de países determinados.

En primer lugar, la evolución desde una primigenia percepción social de haber sido una víctima por partida doble, tanto de sus propios gobernantes como del ejército soviético después devenido en ocupante de su territorio, a la asunción condicionada de la culpa por el estallido y las responsabilidades de una guerra cruenta y despiadada, que fue característica de Alemania federal a partir de su fundación en mayo de 1949. Si el 9 de mayo era celebrado en Alemania oriental como un Día de la Liberación (*Tag der Befreiung*), en el oeste el Estado alemán se abstuvo de toda conmemoración pública hasta 1970, bajo un gobierno socialdemócrata. Pues para la izquierda germana de posguerra, y aun para una parte de sus élites dirigentes, el 8 de mayo no debía considerarse una fecha de duelo nacional por la derrota, sino de liberación, en la que el fascismo era batido y el país, liberado de sus fantasmas, aun a costa de grandes sufrimientos. A pesar del profundo desgarró social provocado por la victoria aliada, y de las memorias y traumas familiares y privados asociados por millones de ciudadanos a la muerte, la destrucción, la pérdida de su hogar

1. Cf. <http://www.museum-karlshorst.de>, así como Morré (2015). Una completa reconstrucción descriptiva en Kamp y Quinkert (2019), así como en *Deutsch-Russisches Museum Berlin Karlshorst. Katalog zur Dauerausstellung*, Berlín, Deutsch-Russisches Museum Berlin Karlshorst, 2014.

o los abusos de las tropas vencedoras, Alemania tenía una oportunidad para volver a empezar y reconstruirse en democracia. Así lo expresó el presidente federal Richard von Weizsäcker en un emblemático discurso pronunciado precisamente el 8 de mayo de 1985, al cumplirse el cuarenta aniversario del fin de la guerra. Sin embargo, el debate público que las palabras del presidente provocaron en Alemania federal también constituyó un síntoma flagrante de que el pasado reciente era todavía un libro abierto a distintas interpretaciones.<sup>1</sup>

Diez años después el periodista Thomas Kielinger, en una publicación auspiciada por el Gobierno de Bonn y en el nuevo contexto marcado por la euforia de la reunificación de 1990, insistía en que el desastre de mayo de 1945 no había sido una hora cero, sino una nueva oportunidad. Se hacía eco de las declaraciones en la posguerra de los escritores antifascistas Thomas Mann y Reinhold Schneider: «la derrota fue para Alemania una cruel condición previa de su liberación. En su postración estribaba su única oportunidad de alcanzar una renovación democrática y moral». Sólo desde el abatimiento y la catarsis que supusieron la derrota militar y la liberación aliada pudieron los alemanes, al menos en el oeste, recuperar «las condiciones para ejercer sus libertades». La caída del muro en 1989 habría permitido a los alemanes del este disfrutar de las mismas oportunidades, pues para ellos la derrota de 1945 apenas habría supuesto una transición hacia otro régimen político que también negaba los derechos humanos.<sup>2</sup>

En segundo lugar, la pertinaz persistencia de la construcción mítico-narrativa forjada por la propaganda soviética durante los años bélicos, la Gran Guerra Patriótica, en la URSS y el bloque comunista entre 1945-1947 y 1990. Una narrativa que experimentó fases distintas después de la victoria de mayo de 1945. Alimentada de forma permanente por la política oficial de la memoria de las repúblicas populares de Europa centro-oriental, la Gran Guerra Patriótica desapareció como por ensalmo poco después de la caída del telón de acero; otras veces, buena parte de sus

1. Cf. el análisis de Siebeck (2015). Igualmente, Rürup (2014: 215-223).

2. Kielinger (1995).

elementos constitutivos, desde lugares de memoria a héroes y batallas, fueron convenientemente «nacionalizados» y adaptados a las narrativas particulares de algunas repúblicas exsoviéticas, como en Ucrania, Bielorrusia o Kazajistán. Sin embargo, sus rasgos esenciales persisten en buena medida en la política hacia el pasado reciente de la Rusia postsoviética, y han reverdecido desde el inicio del largo período de gobierno de Vladímir Putin, inaugurado en el año 2000 y aún no concluido en el momento de redactarse estas páginas, cuando la invasión de Ucrania por Rusia evoca de nuevo los fantasmas de la contienda de 1941-1945 en sus mismos escenarios.

En tercer lugar, la búsqueda de una difícil equidistancia, que se concretaría en el paradigma de la doble invasión, alemana y soviética, que ha sido característica de la mayoría de los países de la Europa del este tras 1989, aunque con matices relevantes en cada uno de ellos. A su vez, y tras cuarenta años de hegemonía de la narrativa antifascista, a menudo fueron rehabilitados en el recuerdo colectivo los antiguos colaboracionistas nacionales con los ocupantes nazis, fascistas y nacionalistas radicales que acabaron masacrados, exiliados u olvidados durante décadas. El elenco abarca desde los nacionalistas profascistas y antisemitas de Stepán Bandera en Ucrania hasta los cuerpos auxiliares lituanos, o los «legionarios» letones y estonios en uniforme de las *Waffen SS*. Muchos de ellos se han visto transmutados de antiguos apesados en héroes nacionales y en paladines incomprendidos de una estatalidad recobrada, o de una libertad nacional amenazada por dos invasores, el soviético por el este y el alemán por el oeste.

En cuarto lugar, la narrativa de la excepcionalidad heroica, que es característica de Finlandia desde la primera posguerra. La peculiar participación de una república parlamentaria al lado de la Alemania nazi en la invasión de la URSS desde junio de 1941 se ha justificado como una guerra de Continuación de la anterior guerra de Invierno de 1939-1940, que había constituido a su vez una movilización nacionalista para repeler la invasión soviética de la región de Carelia. El conflicto contra un enemigo tan íntimo como *hereditario* se revistió como una epopeya de resistencia numantina de un país pequeño y joven frente a la antigua potencia

imperial, que a su vez servía de bálsamo interno de las heridas provocadas por la corta pero cruenta confrontación civil de 1918 entre *blancos y rojos*.

En quinto lugar, la construcción de un mito europeísta *avant la lettre* acerca de los voluntarios occidentales y nórdicos en el frente oriental a favor del Eje, presentando la *cruzada europea contra el bolchevismo* como una defensa mancomunada de la civilización continental frente al comunismo, antecesora por tanto de lo que sería la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) pocos años después. Y, dentro de esa narrativa, el caso particular del «bravo» soldado mediterráneo en el frente del este, que con distintos matices representaron en la posguerra Italia y España. Ese arquetipo del soldado italiano *jarashó* (bueno), o del español como buen ocupante, combinaba además algunos elementos comunes a los paradigmas anteriores. Entre ellos, la externalización de la culpa, al atribuir a los aliados alemanes la responsabilidad exclusiva de todas las atrocidades cometidas en el frente oriental, en contraste con el buen comportamiento hacia prisioneros y civiles por parte de los combatientes meridionales. A eso se unía la autopercepción de los propios soldados italianos y españoles como víctimas por partida doble, e incluso triple: tanto a manos de sus gobernantes —sobre todo en el caso italiano, presentando la campaña de Rusia como una guerra de Mussolini— como de los arrogantes aliados alemanes, explícitamente tildados de insolidarios; y, finalmente, del despiadado enemigo soviético, implacable sobre todo con los más indefensos, los prisioneros. Con todo, en ese aspecto se intentaba siempre establecer una diferencia entre el régimen estalinista y los civiles de los distintos pueblos de la URSS.

Abordaremos esas cinco variantes de forma detenida en los capítulos que siguen.

\*\*\*

Mi buen amigo y colega Javier Rodrigo ha comentado en alguna ocasión con ironía mañica que en los últimos tiempos escribo libros de viajes, más que de Historia, como se evidencia en los pies de las ilustraciones. No le falta razón. El volumen que aquí se ofrece al

público lector tiene bastante de egohistoria, de *histoire vagabonde* que se nutre de vivencias interculturales entre Alemania, Rusia, Italia y España, y de obsesiones personales que arrancan de la infancia. Sin la biblioteca privada heredada de mi padre, plena de títulos sobre el frente del este que en algún momento de la adolescencia comencé a hojear, empezando por aquel volumen de los años cincuenta, el *Stalingrado* de Theodor Plievier, cuyo lomo azulado me provocaba de niño cierto repelús; sin mi descubrimiento de autores como Heinrich Böll siendo un estudiante, gracias a mi amiga Anne, y sin mi conocimiento de primera mano de los debates historiográficos alemanes de los años noventa, incluida una visita a la Exposición de la *Wehrmacht* en Hannover en el invierno de 1995, de la mano de mi amada compañera desde hace más de treinta años, Henrike, probablemente este libro transnacional –o que aspira a serlo– sobre el pasado convulso de la Europa del siglo xx nunca habría existido.

Tampoco se podría entender sin mis años en Florencia, mis conexiones italianas e incluso mi cierta fascinación por los *Alpini*; sin mi viaje a San Petersburgo y Nóvgorod en febrero de 2015 y la sabia guía de Pavel; o sin mi descubrimiento de la *otra* Galicia, la Galitzia de la fascinante ciudad de Leópolis y su trágico pasado, en 2016. Sin mis años como docente en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich (2012-2017) y sin mi inmersión profunda en el ámbito académico germanófono, muchas sutilezas me pasarían inadvertidas. Y, en fin, nada habría sido posible sin las conversaciones y recomendaciones bibliográficas del colega y amigo José María Faraldo, fuese en nuestro amado Berlín, en Madrid, en Santiago de Compostela o en Talavera de la Reina.

Huelga decir que para mis hijas, Sara e Irene, los viajes de vacaciones por Europa central y oriental suponían un fastidio adicional: cada cierto tiempo su padre paraba el coche para fotografiar monumentos conmemorativos, o las llevaba a ver aburridos museos *de guerra* (no todos lo eran, pero la etiqueta permaneció en el recuerdo). Algo de aquella semilla, sin embargo, ha dado frutos ahora, ya crecidas, en su pasión por la dialéctica y su interés por un mundo que parece volver a los tiempos aquí tratados.

Desde un punto de vista académico, *Volver a Stalingrado* no es un fruto aislado. Se inserta en una línea temática cultivada por el

autor desde hace quince años: la experiencia del frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial analizada desde las perspectivas de la historia cultural, de la historia transnacional y la nueva historia de la guerra y la violencia. Esa línea se entrecruza aquí con el interés por la memoria del totalitarismo y las dictaduras, del pasado convulso y la guerra. Y, no menos importante, con una cierta voluntad ensayística. En el proceso de redacción, han sido varias las personas que me han proporcionado valiosos comentarios, informaciones específicas, ayuda técnica y precisiones conceptuales, además de lecturas críticas atinadas. Sin ánimo de exhaustividad, quede constancia de mi más sincero agradecimiento a Benedict Bueno (Santiago de Compostela), Miguel Cabo (Santiago de Compostela), Fernando J. Devoto (Buenos Aires), José María Faraldo (Madrid), Filippo Focardi (Padua), Henrike Fesefeldt (Santiago de Compostela), Steven Forti (Barcelona), Ulrich Herbert (Friburgo/Berlín), Alfonso Iglesias Amorín (Santiago de Compostela), Ville Kivimäki (Tampere), Emmanuel Steinbacher (Múnich), Pavel Tendera (Barcelona/San Petersburgo) y Xosé Carlos Vega (Santiago de Compostela). Los errores o las omisiones, como es natural, son responsabilidad exclusiva del autor, incluyendo las que pudiese haber en las traducciones desde varias lenguas al castellano, que se deben igualmente a mi pluma, salvo cuando se han manejado obras ya traducidas.

Deseo, en fin, agradecer su generosidad al jurado del V Premio Internacional de Ensayo Memorial Walter Benjamin 2021/2022, que tuvo a bien conceder el galardón a una primera versión de este texto en noviembre de 2021. Y a los responsables de la cátedra Walter Benjamin de la Universidad de Girona, Maximiliano Fuentes Codera y Jörg Zimmer; del Museu Memorial de l'Exili (MUME) de La Jonquera, Enric Pujol, así como de la Editorial Galaxia Gutenberg, Joan Tarrida, María Cifuentes y Lidia Rey, la buena acogida de este proyecto editorial y todas las facilidades otorgadas.

Os Ánxeles (Brión), marzo de 2022